



**Laura Dolfi**

## **Góngora y «El doctor Carlino» de Antonio de Solís**

Universidad de Salerno

No es por casualidad que entre los numerosos volúmenes que componen la biblioteca rica y ecléctica de don Antonio de Solís y Rivadeneyra<sup>1</sup> se encuentren incluso dos ediciones de las Obras de Luis de Góngora<sup>2</sup>, casi nueva comprobación del interés hacia el poeta cordobés que indudablemente estimuló la composición de El Doctor Carlino. Publicado por vez primera en 1671 en una colección de varios autores<sup>3</sup> y ofrecido de nuevo un decenio después en la edición de las Comedias de Don Antonio Solís<sup>4</sup>, este texto logró bastante éxito como parecen atestiguarlo las palabras de un anónimo contemporáneo del poeta: «Hoy vive, y yo le conozco, un caballero de esa noble familia de Solís, llamado Don Antonio, persona más ilustre aún por su elevado ingenio, que es tenido en esta Corte por uno de los mayores, que ha escrito muchas comedias, y entre ellas una muy celebrada que no ha mucho se representó en ésta, titulada: El Dotor Carlino»<sup>5</sup>.

La conexión con la comedia gongorina, ya evidente en la homonimia del título, en el carácter del protagonista, en unos pormenores de la acción, la reconoce el mismo autor quien, en cláusula a la escena 4.<sup>a</sup> del acto I, declara explícitamente su fuente: «[...] sigo su modelo [El Doctor Carlino] cuyos hechos escriuió Góngora [...]»<sup>6</sup>. Se observará de todos

modos que, justo en el momento en que Solís rinde homenaje a la comedia y al autor que lo inspiraron, empieza a guardar distancias reivindicando su personal autonomía. Escondido tras las palabras y el nombre del protagonista, el comediógrafo afirma con determinación su diversa identidad y el privilegio de una necesaria diferenciación entre el texto seguido ('modelo') y su esencia real ('soy'):

Aunque sigo su modelo,  
no soy el Carlino, no,  
que honró el Gaditano suelo,  
cuyos hechos escriuió  
Góngora, que esté en el cielo<sup>7</sup>.

No estamos, por consiguiente, ante una refundición común, sino mejor ante el resultado de una libre elaboración de la fuente utilizada, una matriz recuperada, asimilada, y vuelta a componer sucesiva y autónomamente. Es más, siguiendo otra vez las indicaciones que el autor nos ofrece, podremos hablar más que de nueva escritura o de imitación, de una verdadera continuación. En efecto el Carlino que organiza y guía los engaños de Solís, no sólo no es el Carlino de Góngora, sino que tampoco es la evocación del mismo individuo; ni llegando al exceso opuesto, la coincidencia del nombre puede motivarse con una simple referencia tópica que la tipología embrollona y la profesión médica común pueden sugerir<sup>8</sup>, ya que es muy exacta la derivación de un personaje del otro.

Desmentida toda posibilidad de ser confundido con el doctor Carlino que don Luis hizo célebre, nuestro protagonista se revela al fin su fiel discípulo y criado («En Cádiz fui su criado»<sup>9</sup>). Transformado el personaje imaginario de Góngora en maestro real y 'auctoritas' (casi metapersonaje salido de una dimensión meramente dramática y literaria para volverse ejemplo humano que hay que imitar) el nuevo doctor Carlino se prepara a seguir sus huellas con tanto empeño y éxito que se considera «el mismo mismado»<sup>10</sup>.

Por otra parte la diferencia cronológica que separa las dos comedias, compuesta la primera en 1613 y la segunda probablemente en la segunda época de Solís<sup>11</sup>, se presenta casi como confirmación de una distancia generacional que de los autores se traslada a sus respectivos personajes. Si en efecto sabemos que el Carlino de don Luis ha asimilado en su juventud el arte médico de su hermano y más tarde ha usurpado su oficio («Fuime a Valencia muchacho, / adonde en mi juventud / [...]»<sup>12</sup>), el nuevo joven protagonista efectuará un aprendizaje análogo siguiendo el ejemplo del ya maduro amo y luego asumiendo su nombre.

La duplicación del personaje lleva inevitablemente a una progresión en el engaño y por lo tanto a una acentuación de las tonalidades farsescas. Si Góngora ha creado a un joven astuto y sin escrúpulos que por «necesidad»<sup>13</sup> sustituye a su hermano médico, Antonio de Solís nos pone ante un criado despreocupado que no duda en imitar a un modelo ya en sí mismo falaz: el

fingido doctor Carlino de don Luis. Ni aquella seña sobre la superficialidad tramposa y charlatana de los médicos insertada en la comedia gongorina («engañar al común / con dos o tres aforismos / del médico de Corfú»<sup>14</sup>) es suficiente para negar la validez de un título conseguido oficialmente («el mal iluminado pergamino»; «en tus facultades graduado»<sup>15</sup>) y que el protagonista usurpará abusivamente. Un equivalente, aunque desacreditado, título por usurparle faltará al segundo Carlino, a quien, para sintetizar las enseñanzas recibidas por su dueño, no le quedará más que un significativo: «dél aprendí también / lo embustero y lo avisado»<sup>16</sup>.

Y mientras el personaje de Góngora llegará a igualarse, en la ejecución de operaciones imprudentes, a un «Galeno andaluz»<sup>17</sup>, el segundo confesará ser totalmente desconocedor del arte médica («sin que el libro de Galeno / me aya tomado una mano»<sup>18</sup>) e inclinado exclusivamente a una actividad paraninfa y estafadora:

Aquí está mi falsedad  
tan afeytada, y tan bella  
[...]

Yo no apuro melindroso,  
por quién miento, o para qué  
[...]

Alcahuete soy de fama,  
que con cauteloso ardid  
soplo la amorosa llama,  
y ando por esse Madrid  
saltando de rama en rama.  
Y es tanta la industria mía,  
que si auiso a mi cuydado,  
y hablo a mi bellaquería,  
sabré meter vn recado  
por el ojo de vna tía. [...]19

mucho más hábilmente camuflada por el primer Carlino:

Curo las damas del pueblo,

y trato la jumentud  
de los galanes, y a todos  
soy médico de orozuz:  
dulce, pero chupativo,  
que, pregonando virtud,  
la voz tengo de Jacob,  
y las manos de Esaú.  
Confieso de cuando en cuando  
en el nombre de Jesús,  
con que el más celoso fía  
su encina de mi segur.  
[...]  
Miro manos y sé dellas  
lo que sabe un avestruz  
[...]  
Ándome como la abeja  
con prompta solicitud [...]20.

Al señalado paralelismo en el mecanismo de la ficción de identidades y de la sustitución de personas (médico, hermano-fingido doctor Carlino; fingido doctor Carlino, criado-segundo fingido doctor Carlino) se pueden añadir afinidades más puntuales entre los protagonistas. Como aludido, a la paridad en el abuso cometido corresponde un precedente y equivalente aprendizaje: el Carlino de Góngora se ha formado viviendo al lado de su hermano en Valencia («Aprendí allí lo que basta / para engañar al común»21), al personaje de Solís lo ha educado indirectamente el amo durante su estancia en Cádiz («En Cádiz fui su criado, / y del aprendí tan bien / lo embustero, y lo avisado»22). Los dos actúan el engaño tras haberse muerto sus respectivos maestros:

murió mi hermano [...]  
En sus grados, y en su nombre  
me embestí con promptitud23.

Luego que el pobre murió,  
nombre, y grados le quité  
vistiéndome dellos yo24.

El tomar oficio y nombre diferente implica automáticamente el traslado del joven a otra ciudad:

y llegué a esta ciudad donde  
soy un galeno andaluz<sup>25</sup>

y de Cádiz me ausenté  
porque Madrid me llamó<sup>26</sup>;

y no falta la satisfacción para las posibles burlas futuras:

[...] pienso marear  
todo el Norte, y todo el Sur<sup>27</sup>.

Mis cautelas las más bobas  
engañarán al demonio<sup>28</sup>.

La revelación de la falsa identidad se coloca en una de las escenas iniciales (la 2.<sup>a</sup> del acto I en Góngora, la 4.<sup>a</sup> del acto I en Solís) que ve al protagonista confesar en un monólogo la culpa cometida, en un caso para lograr la absolución, en el otro para evitar que los demás lo descubran:

Si pequé en ello, muera el que ha pecado:  
mas oye antes quien soy, sagrada sciencia,  
porque muera a lo menos confesado<sup>29</sup>

quien soy oy diré; quien fui,  
y quien pienso que seré.  
En relación puntual

mis mañas pondré, y mis modos,  
nadie descubra mi mal,  
porque se lo digo a todos  
en secreto natural<sup>30</sup>.

Ambos monólogos se cierran con una referencia a Casilda, la mujer que es objeto de los pensamientos del doctor y que saldrá a escena inmediatamente después. Pero es distinto el contenido de esa referencia: mientras en Góngora Casilda es la figura femenina que los varios personajes persiguen y entre éstos más que todos Carlino, quien la considera la «causa de [su] inquietud»<sup>31</sup>, en Solís el nombre de Casilda ya no corresponde al de una amante deseada sino al de una mujer sólo soportada, obstáculo y pesar del que preferiría librarse. A los engaños que Carlino organiza para sustraer la amada a los rivales Gerardo, Tancredo, Tisberto<sup>32</sup>, a la huida planeada para la noche<sup>33</sup>, a los planes de una acomodada vida en común<sup>34</sup>, se contrapondrán entonces la impaciencia y la desestima del segundo Carlino hacia su consorte:

[DOTOR]tengo vna propia muger  
tan simplíssima criatura,  
que agua todo mi placer,  
toda mi paciencia apura.  
Nadie se atreue a dezir  
que ay quien su simpleza iguale<sup>35</sup>,

y hasta una explícita declaración de arrepentimiento con respecto a la elección efectuada y la festiva aceptación de un improbable divorcio:

DOTORCasilda mía, no vi  
a nadie errar tan sin tiento  
como oy a mí en quanto intento,  
y en quanto pienso, y assi  
cama auemos de apartar  
desde oy, porque yo digo,  
que de acostarme contigo  
se me ha pegado el errar.

CASILDAPrimero, si es necessario,  
diuorcio sabré poner.

DOTOROjalá de mi poder  
te saquen por el Vicario<sup>36</sup>.

Es verdad que el personaje de Casilda ejerce en las dos comedias el papel de compañera del doctor, pero también en este caso puede observarse un neto envilecimiento en la tipología de la protagonista, que del tono picaresco que la hacía en Góngora mujer interesada y descuidada de la posible deshonra, más socarronamente cómplice de los engaños de Carlino<sup>37</sup>, se convierte ahora en una boba inhábil para seguir, o por lo menos para no obstaculizar, las trampas del marido. Seguirán por consiguiente, por parte del doctor, las quejas y las tentativas de hacer más avisada a su mujer:

DOTOR[...] Estáis loca muger?  
ya sabéis Don Lope vos  
sus ignorancias: por Dios  
(Ap.)  
que me ha de echar a perder.

DOTORYa yo no puedo hazer vaza,  
pues la Casilda lo adoba  
[...]

[DOTOR]ya Casilda está en la historia,  
y en todo la he instruido;  
tres veces lo repitió,  
y lo sabe de memoria<sup>38</sup>.

Por otra parte hemos observado como incluso el personaje de Carlino se modifica pasando de uno al otro texto, ya que en Góngora la burla, si bien finalizada en sí misma, tiende al logro de las bodas con Casilda, mientras que en Solís, por pública confesión del protagonista en cláusula a la comedia<sup>39</sup>, su actividad de paraninfo y la simulación se han vuelto un verdadero oficio:

pues sabed que no lo niego,  
embustero soy a secas,  
que el ser Dotor es enredo,  
y assi como no lo soy,  
para mi comer receto  
sustancias de Celestina

a desmayos<sup>40</sup> de Galeno<sup>41</sup>.

El nombre de Galeno, citado en la escena 4.<sup>a</sup> como texto ignorado y ahora puesto en segundo plano con respecto a la más eficaz Celestina, aparece otra vez en la comedia como posibilidad de un «socorro de embuste viuo»<sup>42</sup>, como cita acreditada que puede solucionar una situación difícil.

Utilizando un procedimiento de justificación presente ya en el Carlino de Góngora, se pondrá la auctoritas al servicio de la burla. En el primer caso el médico tendrá que convencer a Don Tristán a que confiese su edad avanzada (y la digresión será más larga e insistente, enriquecida por fuentes -Galeno, Avicena, Hipócrates, Averroes- y dichos latinos<sup>43</sup>), en el segundo se tratará de justificar rápidamente, ante el padre que ha llegado imprevistamente, la presencia en la ciudad de don Lope calificándose como doctor experto y conocido:

DOTOR No te admires que a tu hijo  
se le embarace el aliento  
del gozo de auerte visto,  
que como dize Galeno  
en el setenta aforismo,  
los gaudios interiores  
estrangulan los sentidos.

DON PEDRO ¿Tú quién eres?

DOTOR Yo señor  
ya que me mandas dezillo  
soy (hablando con perdón)  
Médico: el Dotor Carlino  
me llaman<sup>44</sup>.

El oficio médico que en Góngora se había revelado ocasión para concertar encuentros<sup>45</sup>, aprovechar oportunidades agradables<sup>46</sup>, descubrir secretos<sup>47</sup>, urdir engaños<sup>48</sup>, pasar mensajes<sup>49</sup>, ofrecer justificaciones fáciles<sup>50</sup>, va finalizado análogamente en Solís a la solución de los problemas amorosos de los caballeros. Sabemos, por ejemplo, que la relación de don Lope con Leonor la ha favorecido Carlino<sup>51</sup> y que el joven recurrirá otra vez a él poco después «porque pide [su] afición / medicina apressurada»<sup>52</sup>. El protagonista se valdrá de su máscara profesional para facilitar más engaños: justificando la presencia de doña Clara, víctima imaginaria de

una caída:

[...] Fue preciso  
que la entrassen en mi casa  
para que del parasismo  
la librasen mis remedios<sup>53</sup>...

demorándose en la escena con la excusa de socorrer a Leonor:

[...] Yo llego,  
quiero animarme, hasta ver  
en qué para este embeleco:  
dadme, señora, la arteria,  
y veré si el movimiento  
se dilata, o se comprime,  
porque si él está compreso,  
es menester ebulsion<sup>54</sup>...

encontrando un pretexto fácil para sus visitas:

[...] detrás de aquella esquina  
me aguardes, mientras visito  
de Médico a Don García,  
que ya sabes que yo tiro  
el salario de su casa,  
y que puedo sin peligro  
entrar en ella [...]55, etc.

Se constatará así en los dos personajes una instrumentalización análoga del papel usurpado, al que se flanquea el perseguimiento del provecho económico personal. Los doblones que Gerardo ofrece, no sin alusión sutil a la codicia del doctor:

GERARDO Esta bolsa que pendiente  
como lámpara de plata,  
sesenta doblones ata  
(si no digo ciento y veinte  
escudos, por alegrarte

con la multiplicación)  
te ofrece mi devoción<sup>56</sup>...

se concretan, para el segundo Carlino, en el exacto cómputo de su ganancia:

DOTOR[...] y así puedo,  
sin que me lo estorve nadie,  
hacer que el amor de entrambos  
me bayle el oro delante.  
[...] esto añade  
(Ap.)  
el que este me ha de dar  
más de quatrocientos reales<sup>57</sup>.

Lo que en el protagonista de Góngora parece improvisación ingeniosa complacimento en la mentira, deseo de su provecho, en el personaje de Solís, que bien repite sus características fundamentales, parece menos participado, más racionalmente profesional. En efecto el criado, experto en los engaños que ejecutó el fingido Carlino, su maestro, da por descontadas las ventajas de la ficción:

Con el ser Médico allano  
quantas casas ay, y gano  
nombre de atinado, y bueno<sup>58</sup>

e, institucionalizando la técnica utilizada por su amo, no sólo afirma varias veces ante el público su verdadero oficio (el de mediador), sino que incluso teoriza una 'metodología' de su actividad:

quiero agora repassar  
a los negocios que voy  
para repartirme que oy  
tengo bien que despachar:  
de noche, con atención,  
pongo en mi libro vn membrete,  
porque el ser buen alcahuete  
quiere su cuenta y razón<sup>59</sup>.

Es decir que mientras la ayuda que Carlino ofrece a los caballeros en la comedia de Góngora oculta en realidad una enésima burla (las promesas no mantenidas de hacer que Casilda se encuentre con Tancredo y Enrico) o de cualquier modo un objetivo preciso (las bodas planteadas entre Gerardo y Leonor le convienen al joven por la rica dote de la chica, pero al mismo tiempo liberan a Casilda de los compromisos amorosos contraídos con Gerardo y la hacen disponible para el doctor), ninguna finalidad fuera del conseguimiento del dinero guía la acción del segundo Carlino. Y si el doctor de Góngora se jacta de ser arbitro hábil de la situación:

Fullero siempre doy cartas  
a uno y otro tahúr  
[...]  
De las lágrimas de todos  
soy yo triste el arcaduz<sup>60</sup>...

Mi tonto esta tarde ha sido [Tancredo]  
mientras ella [Lucrecia] fue la necia<sup>61</sup>, etc.

y lo vemos en efecto predisponer los pormenores de la acción<sup>62</sup>, refutar opiniones<sup>63</sup>, dar informaciones sobre como procede la trampa<sup>64</sup>, en la comedia de Solís serán al contrario los diferentes personajes los que suplicarán al doctor convencidos de encontrar en él una solución segura a sus problemas Pasamos así de la directa y autónoma iniciativa del protagonista, aunque bien aceptada y alabada<sup>65</sup> por los presentes (es Carlino quien persuade a Gerardo a que se vengue no con el duelo sino con una traición simulada) a una simple disponibilidad y condescendencia a las solicitudes ajenas. Y en esa eventualidad el deber del médico será estar a la altura de la tarea que le han confiado. Seguirán entonces, en la comedia de Solís, las peticiones de socorro y promesas de gratitud de los caballeros:

DON DIEGO[...] he venido  
Dotor amigo, a rogarte  
que nos tengas en tu casa  
ocultos, hasta que halle  
tu prudencia la salida

de empeño tan importante,  
[...]  
No ay, Dotor, sino que ampare  
esta causa como propia,  
y disponiendo el sacarme  
en ombros de tu cuydado  
de tan apretado lance,  
de mi hazienda, de mi vida  
dueño absoluto te llames.  
[...]  
Vos veréis, Carlino amigo,  
como sé desempeñarme  
desta nueva obligación,  
y pagar el hospedage<sup>66</sup>...

y paralelamente aparecerá el temor del médico de no llegar a controlar el entrecruzamiento de los equívocos<sup>67</sup>, la constatación de los errores cometidos<sup>68</sup>, el convencimiento de la necesidad de industria y mentiras<sup>69</sup> y hasta la invocación a una desacostumbrada y extraña divinidad, los embustes que no lo abandonaron nunca:

DOTORAy embustes de mi vida,  
pues siempre avéis sido amigos,  
no desamparéis agora  
a vuestro Dotor Carlino,  
porque ni ellos en la cuenta,  
no yo caiga en el garlito<sup>70</sup>.

Asombrado él mismo por la notoriedad alcanzada como médico:

Si en mi vida he visto libro  
(Ap.)  
me lleue el demonio, y tengo  
toda esta fama, aora digo  
que haze la medicina  
milagros, y basiliscos<sup>71</sup>.

y no falto de una autoironía que le hace descubrir sus inevitables lagunas

científicas:

[...] sabes que soy Dotor,  
y Dotor de tan buen tino,  
que sabré de vnas tercianas  
fabricar vn tabardillo<sup>72</sup>.

pero que sobreentiende otras competencias bien adivinadas por sus posibles  
pacientes:

DOCTOR Pues ¿qué tienes? ¿Estás malo?  
Dime tu achaque al prouiso.  
[...]

DON LOPE No es de la salud mi achaque  
accidente más prolijo  
turba, Dotor, mi sossiego,  
[...]  
tengo zelos, que es el mal  
que toca más en lo viuo<sup>73</sup>.

incluso el Carlino de Solís logra conquistar el papel de guía y arbitro del enredo. Después de haber aplazado, y sólo por el gusto del equívoco, una clarificación entre Lope y Diego<sup>74</sup>, decide al fin hablar ante el ya inevitable desenlace (la espada desenvainada por don Diego, el hermano escapado de los labios de doña Leonor, etc.) y será éste, con la solicitud de la atención por parte de los presentes<sup>75</sup>, el momento de la 'revelada' verdad<sup>76</sup> en la que, además de la declaración de la identidad de caballeros y damas, confesará la propia irreductible bellaquería<sup>77</sup>.

Averiguada, entre analogía y diferenciación, la continuidad de los personajes de Carlino y Casilda en los textos de Góngora y de Solís, no queda mucho que añadir ya que muy distinto es el tejido del enredo, todo orientado a la burla y a las bodas de Carlino y Casilda en el primero, finalizado al reconocimiento oficial del amor de Diego y Clara, de Lope y Leonor en el segundo. Es más, en este último la trama, por la presencia de dos parejas, se enmarañará siguiendo tópicos cambios de identidad (Diego que finge ser don Lope; Leonor que, al ver a Clara, se cree traicionada por Lope, éste que reconoce en Diego el hombre que ha entrado en la casa de la amada y a su vez se cree traicionado, etc.), consiguiendo celos y equivocaciones.

Tampoco una mayor afinidad caracteriza la articulación del diálogo en las

dos comedias: llena de metáforas, digresiones, referencias mitológicas o exempla la primera; basada al contrario sobre todo en anáforas<sup>78</sup> y procedimientos correlativos<sup>79</sup> la segunda. También la tendencia a un ritmo paralelístico, limitado y fragmentado en frases rápidas en Góngora<sup>80</sup>, vuelve a ser en Solís una técnica repetida que llega a saturar escenas enteras<sup>81</sup>. Así se podrán sólo destacar unos pormenores, como la presencia en ambas de un personaje femenino, Leonor a cuyo hermano se delega tradicionalmente la defensa de la honra. Pero en Góngora tal defensa es secundaria con respecto a los intereses amorosos de Enrique<sup>82</sup> y en general el tema del honor, propuesto como motor inicial de la comedia, ha sido abandonado muy pronto. No parece tener mayor importancia el honor en Solís ya que lo que complica el enredo son más los celos que el honor. El problema de la honra violada y de una posible, consiguiente venganza trágica parece aflorar sólo en el temor de Leonor a que su hermano la mate al conocer su relación amorosa con don Lope, pero su desmayo y el inmediato recurso al médico diluyen en seguida toda hipótesis cruenta en una atmósfera relajada:

¿Dónde está la desmayada?  
que he de quemar mis Galenos  
o ha de mayar al instante<sup>83</sup>.

Se podría observar además la costumbre de Casilda de dirigirse al amante o al marido llamándole no Carlino, sino Doctor<sup>84</sup>; el atributo de amigo que le confieren los caballeros<sup>85</sup>; el sintagma «dulce, pero chupativo» que el médico gongorino se atribuye en el v. 457 y que vuelve en «el dulce, y chupativo / almiuar de mis engaños» del doctor de Solís<sup>86</sup>; la «prompta solicitud» del v. 490 (reiteración de la «promptitud» del v. 422) que aparece otra vez como atributo de Carlino en las palabras de don Diego: «que tal acierto professa / tu prompta solicitud»<sup>87</sup>; la alusión rápida a la posesión de una mula que inevitablemente nos recuerda, evidenciando una promoción social lograda, la obsesión por la adquisición del animal que en Góngora constituye casi el leit-motiv de las palabras de Casilda<sup>88</sup>. O todavía podríamos encontrar más lábiles indicios de reminiscencias gongorinas en la libre cita de un refrán<sup>89</sup> («El hilo de la verdad, / sacad por el hobillo»<sup>90</sup>), en una fórmula que falsamente elude el cuento («Dios ponga en mi lengua tiento»<sup>91</sup>) o en unos pormenores de la acción presentes ya en Las firmezas de Isabela. Doña Leonor que reclama su derecho a las bodas y pide la intervención de don Pedro como juez o don Diego que, adelantando la llegada del esperado prometido, lo sustituye partiendo con doña Clara, son episodios que recuerdan, quizá no casualmente, la análoga solicitud que Violante dirige a Octavio<sup>92</sup> o el plan que Fabio ha concebido para lograr casarse con la amada Isabela<sup>93</sup>.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

